



João Calazans Filho

Retratos

2025

Créditos

Portada – João Calazans Filho

Prefacio – Tonho Materia

Revisión – Ed Borges

Prefacio

La genialidad literaria del escritor João Calazans Filho, se revela al mezclar estilos en su forma de contar historias y casos.

Como autor, Calazans logra incluir en el alma de cada crónica, trazos de humor y tragicomedia transformando la lectura en la más pura diversión.

El autor refleja en sus textos la gracia y el libertinaje de Ariano Suassuna, asociado a la seriedad de Adonias Filho e incluye un ápice de la eterna malicia de los cuentos de Jorge Amado. Yo no podría dejar de citar esos grandes autores, por miedo de pecar al hablar del bello contenido desarrollado en este libro.

“Retratos” debería ser visto como una radiografía realista de las vidas que llevan las personas en el interior de Brasil. Aunque sabemos lo que representan en el origen de las historias, ya que ganaron vida en una ciudad diferente de la que vivimos, los acontecimientos narrados no nos impiden de compararla con la forma de vivir del pueblo brasileño.

No dejé de reír con las historias de cazadores, hombres valientes y simpáticos que usan el estilo bohemio para transformar sus vidas en algo mejor. Y digo más:

El Pueblo de ese inmenso país usa toda su creatividad para sobrevivir frente a ofertas injustas de desarrollo social impuestas muchas veces monocráticamente.

“Retratos” va a dejar una huella en la vida de cada persona que dedique un poco de su tiempo para leer este pequeño y a su vez gigante proyecto de comunicación que llegó para marcar una posición definida en el contexto literario nacional.

Estoy convencido de que los apasionados por una buena lectura van a encantarse con el libertinaje, jocosidad, perversidad y la experiencia del autor para revelar toda esa rara belleza.

Tonho Materia

Cantor

Compositor

Maestro de capoeira

Cosas de Bahía

El fuerte calor sofocaba a todos sin excepción en los días de verano de Camacán. Las mujeres acaloradas disminuían sus ropas, los niños estaban desnudos y los hombres de la ciudad, con el aumento de la sed, andaban con las camisas abiertas buscando una forma de refrescarse.

En aquel año, el calor incitaba a los hombres, que habitualmente frecuentaban el local, a la vida bohemia y ya llegaban empujándose, inclinándose en la pequeña barra del barsucho de Doña Joana, que bien podía estar en cualquier lugar del planeta tierra. Pero estaba justamente allí, en una de esas pequeñas ciudades del *serton* de Bahía. Doña Joana, morena bonita, de caderas anchas, ojos color de miel y la sonrisa más amplia y enigmática de toda Bahía, atendía a todos como si fueran emperadores.

El barsucho estaba cercado por paisajes exóticos, pintados por la mata atlántica, de las cuales Doña Joana y el barsucho hacían parte, compartiendo el escenario con grandes haciendas de cacao y pastos llenos de bueyes gordos preparados

para el sacrificio, ya que el barsucho estaba estratégicamente cerca de todo, inclusive del matadero.

Allí, sentados en la parte superior del bar, los hombres se sentían como seres superiores, por encima del bien y del mal. A pesar del alto nivel de alcohol y con la riqueza tomando cuenta del pensamiento, estaban siempre dispuestos a seducir alguna mujer bonita e interesante que normalmente pasaba por las calles.

Unos “Buenos días” efusivo y gentil, sonó alto para todos, principalmente para aquellos que buscaban alguna forma de refrescarse, usando la sombra del tejado del bar o bebiendo algo fresco intentando espantar aquel calor infernal.

— ¡Buen día, gente!

— Día.

— Día.

— Doña Joana, por favor, me trae una cerveza bien fría. Antonio se sentó en un pequeño tronco artísticamente esculpido en forma de banco y esperó con la boca seca la llegada de la espumosa.

Era un sujeto grande y moreno, de cabellos cortos, cortados con máquina, la barba arreglada, ojos entrecerrados, de unos

cuarenta años, frente fruncida y quemada por la faena del día a día.

— Aquí está su cerveza, *Señor Antonio* ¿Desea alguna otra cosa?

— No, Doña Joana. Muchas gracias. Ahora a mojar la garganta y después beber una *cachaça* hasta pasar el dolor de muela.

Doña Joana salió dando carcajadas y dejando a Antonio, sin conseguir mirar para otro lado que no fuera aquella botella helada. Llenó el vaso con la bebida, que de tan fría que estaba, ni espuma subió. Con los labios y la garganta seca bebió todo de una sola vez, con la esperanza de poner fin al calor infernal y miserable que hacía en toda la región.

Un poco más abajo de donde estaban, algunas personas dividían el espacio bebiendo cerveza y contando historias. En la casa vecina al barsucho, estaban justamente dos señores que aparentaban casi setenta y cinco años y conversaban ávidamente, contando los últimos acontecimientos de las personas más conocidas en la región. Uno de ellos era mestizo, hijo de padre negro y madre blanca, gordo, barba arreglada, cabellos grisáceos y que cargaba en la mano derecha un bastón. El otro, era un negro fuerte, que tenía una calvicie avanzada con

dos entradas en los laterales. Tenía muy poco cabello en la parte trasera de la cabeza, la barba desaliñada y siempre mostraba su principal identidad: la falta de los dos dientes delanteros. Como participante de aquel circo de la vida, la falta de los dientes no interfería en su amplia sonrisa que no negaba a nadie, mostrándose un hombre feliz y de bien con la vida.

Señor Antonio, sonriendo, tomó el primer vaso de cerveza rápidamente, pero la sed continuaba, obligándolo al inmenso sacrificio de beber otros dos vasos seguidos. Como la sed era insaciable, se le antojó beber otro rápidamente.

Después de saborear la cerveza casi helada, la felicidad se manifestó con una amplia sonrisa, acompañada de un sonoro eructo que arrancó las carcajadas de los presentes.

Señor Antonio respiró profundamente, alisó la barriga y se puso a observar a las personas que iban y venían en sus paseos de final de tarde, mientras al frente del barcito, otros visitantes preferían contar y escuchar buenas historias o las mentiras inventadas por sus compañeros.

Al final de la tarde, las mujeres comenzaron a arreglarse y perfumarse en busca de un enamorado o un amante. El aumento de mujeres bonitas, su coquetería y el movimiento de

las caderas al caminar, llamaron rápidamente la atención de *Señor Antonio*

— “Es una vergüenza esas niñas que se ensañan con los machos a cambio de dinero”.

El comentario polémico ganó repercusión entre los frequentadores que estaban bebiendo en una de las mesas del barcito del lado. Rápidamente ellos comenzaron a defender a las mujeres, después que oyeron las censuras de los reclamadores.

— Si Usted no hubiese tocado el asunto, ellas hubiesen pasado sin que yo notase su presencia. Vivimos en un país democrático y todos tienen derecho de escoger como vivir. Además, la prostitución no es un crimen en este país.

Los más viejos se callaron momentáneamente para evitar mayor confusión. Sin embargo, de donde estaban, podían ver fácilmente las jóvenes que estaban sentadas al otro lado de la calle, sin terminar su habitual paseo, recibiendo visitas de los hombres que llegaban en sus carros.

— *Señor Antonio*, allí hay drogas o dinero por sexo.

— Deja a las jóvenes que se defiendan, mi amigo y vamos a disfrutar de esta deliciosa bebida que Dios nos regaló.

— ¡De acuerdo!

No se podía negar que allí había crimen de seducción, movido por el erotismo de las adolescentes, bajo la tutela de las abuelas y patrocinado por los explotadores de menores que usaban los bares para reclutarlas.

El punto común entre los deseos de aquellos hombres viejos, era el hecho de que gustaban de jovencitas casi niñas, asociadas a la necesidad financiera y social demostrada claramente. Ellas llevaban hombres a la cama en busca de sexo barato para saciar el hambre por un puñado de monedas, que poco alcanzaba para comprar la comida del día.

Los crápulas de las puertas de los bares aprovechaban la bioquímica de las jóvenes todas llenas de hormonas y con un deseo desenfrenado de satisfacer sexualmente a muchos hombres. Las armas de seducción no faltaban para atraer la atención de los “tíos”, como ellas llamaban a los hombres de media edad. Un pintalabios rojo y vestidos cortos eran las armas utilizadas por ellas para atraer sus presas, transformando el comportamiento, en una súplica sexual, con el único objetivo de llamar la atención de aquellos que pasaban en frente de la puerta de la casa donde ellas se encontraban.

Pasó media hora desde que *Señor* Antonio se sentó confortablemente en aquel banco, después de beber la cerveza bien fría de Doña Joana, pero aún con sed, escuchaba las historias de los señores allí sentados, que revelaban la mala fama de la honra de uno de los tres personajes más importantes de la ciudad.

De lejos, todos observaban a la morena más joven, que aparentaba tener unos quince años y que ahora aparecía con los cabellos sobre su cuerpo, casi a la altura de los senos, de manera lasciva y seductora, mientras miraba a la calle y a los hombres del bar alternativamente, con la intención de pescar a alguien. En reciprocidad, ellos le devolvían las mismas miradas, como si estuvieran en trance, movidos por el olor de seducción y alcohol, suplicando para que alguna de ellas pidiera que le pagas en una cerveza o cualquier otro tipo de cosa.

Pero acabó la tranquilidad, con la llegada de un caballero vistiendo botas altas, ropas de cabalgar, un sombrero de cowboy, reloj dorado en la mano, acompañado de otras pulseras del mismo color, que llamó a las jovencitas

— ¿Ustedes aceptan tomar una cerveza?

La morena tímidamente movió la cabeza para arriba y para abajo aceptando la oferta del exótico recién llegado.

Inmediatamente, el “caballero de las caatingas” (vegetación característica del nordeste del Brasil) gritó en el salón de barsucho:

— Camarero, lleve dos cervezas hasta el otro lado de la calle donde están aquellas dos jóvenes lindas y las dos señoras sentadas.

Una de las señoras, ya con bastante edad, estaba sentada en silencio observando inmóvil todo lo que pasaba por allí, y solamente reaccionó para coger el vaso de cerveza que le fue ofrecido por una de las muchachas.

Sentado en el mismo lugar, sin tan siquiera moverse para ir al baño, Antonio recibió la atención de Doña Joana, que le traía la segunda cerveza la cual tranquilamente comenzó a degustarla más lentamente, para saborear la maravillosa y popular bebida. En cuanto eso acontecía, los vecinos de la mesa cercana comenzaron a hablar de otro personaje que era bien conocido en la ciudad. Un pastor, hijo de la tierra y que tenía en su currículo la costumbre de robar, usurar y hasta apropiarse de los bienes ajenos sin pagar, engañando a las personas, en nombre de Dios.

El sujeto más viejo, el mestizo, respiró profundamente y comentó: